



Unione Superiori Generali
Via dei Penitenzieri, 19
00165 Roma

Unione Internazionale Superiore Generali
P.zza di Ponte S. Angelo, 28
00186 Roma



LA PERSONA CONSAGRADA DE VIDA APOSTÓLICA: UNA REFLEXIÓN TEOLÓGICA

Paolo Martinelli, OFM Cap

1. La persona consagrada y la existencia apostólica

La "vida apostólica" es una expresión de vida que compromete mucho a la persona; en su origen, la expresión lleva el sello de un término bíblico decisivo: apóstol, enviado, mandato. Desde el punto de vista teológico la vida apostólica es la vida del enviado, del mandato. Este término tiene implicaciones antropológicas decisivas que conectan con el corazón de la revelación cristiana; el término "apostello" releva teológicamente un nexo de significado con otras palabras clave del mensaje bíblico: el ser llamados, elegidos, y más aun originariamente "predestinados". Esto lo vemos ya en el Antiguo Testamento con relación a la llamada de Dios: pensemos a Abrahán (Gén 12) y consecuentemente al pueblo "elegido" o a una figura clave como Moisés con una misión bien precisa que realizar. Este carácter emerge más aún en la vocación profética, en toda su diversidad: el profeta es elegido por Dios; la formación de su cuerpo en el vientre de la madre se relaciona con su cometido (cf. Jer 1,4-5), como portador de la Palabra de Dios que lo marca en su carne. Esta figura se realiza en el Nuevo Testamento: Jesucristo se presenta ante todo como el enviado por el Padre¹; como dice la Carta a los Hebreos, él es ho Apostolos (Heb 3,1) en sentido absoluto, así que todas las otras vocaciones y misiones se sitúan como constelaciones alrededor de la persona de Cristo. Para ilustrar lo dicho es suficiente recordar a San Pablo: Ef 1,4-5; Rom 8,29-30.

Ahora bien, la vida consagrada apostólica, como toda vida cristiana ha tenido y sigue teniendo que confrontarse con el proceso de la modernidad y de la postmodernidad, que se ve caracterizado, con modalidades diversas, por la secularización y por un retorno de lo sagrado, con toda su ambigüedad. ¿Es posible seguir hablando en nuestro tiempo de vida apostólica en su significado bíblico, cristológico y eclesial? ¿Es posible concebirse como "enviados" por Cristo, por medio de la Iglesia, en la fuerza del Espíritu, por la pertenencia a un instituto concreto de vida consagrada, como realización de un proyecto que es don? De hecho, uno de los rasgos fundamentales de la modernidad es la autonomía del sujeto y la afirmación del hombre como libertad y autodeterminación. Se ha observado que en la

¹ Cfr. por ejemplo Jn 5,36-38; 6,38-40; 7,16-18; 8,26. Cfr. algunas imágenes sinópticas: Mt 10,40; Lc 9,48; Mc 9,36; Lc 10,16.

gran crisis vocacional en Occidente, la noción misma de vocación y misión y su carácter de necesidad, contrastan con el moderno concepto de libertad elaborado a partir del Siglo XVI en adelante². Es evidente que esta visión implica el carácter de la fe cristiana, confirmado en la verdad de la que el consagrado se hace apóstol. Es razonable dar la vida no para anunciar una teoría o unos valores genéricos, sino para anunciar a Cristo como verdad de Dios y de lo humano. Este dato choca si se confronta con la tendencia postmoderna que relativiza cualquier afirmación veraz e introduce una visión subjetivista de lo sagrado. ¿Es posible hoy ser apóstoles de un hombre que dijo: ¿Yo soy el camino, la verdad y la vida (Jn 14,6)?

Una de las reducciones recurrentes me parece poderla captar en la tentación de desvincular el término "apostolicidad" de su significado cristológico, volviéndolo explicable con los paradigmas del pensamiento contemporáneo, por ejemplo releyéndolo en clave de compromiso ético y de entrega a favor de un determinado valor moral que hasta la conciencia autónoma (Kant) podría reconocer como positiva, por ejemplo una sensibilidad filantrópica, la promoción humana, la solidaridad, etc.. Es obvio que estas palabras son muy importantes, pero a solas no permiten, en mi opinión, fundamentar una opción de vida totalizadora e irreversible. En un trabajo de voluntariado, cada cual elige su propio ámbito y como tal es justamente revocable. Al asumir la vida apostólica es necesario dejar de pertenecerse (cfr. 1Cor 6,19). La vida apostólica conlleva la idea de una llamada positiva de parte de Dios, que como tal agarra la totalidad de la persona, de forma irreversible. Creo que la personalidad del religioso o de la religiosa de vida apostólica puede desarrollarse y profundizarse en la medida en que llega a una percepción existencialmente positiva de su ser enviado/a.

En este sentido hay que preguntarse: ¿qué relación hay entre el yo y la tarea apostólica? Asumir un envío consiste siempre en aceptar el reto de una tarea específica. Tengo que aceptar que tengo un cierto "rol" que desempeñar. Nadie puede decidir en definitiva su misión; es posible reconocerla, acogerla y corresponderle con creatividad. Nadie puede enviarse a sí mismo. Ciertamente, todo esto se puede vivir con fe y así descubrir que este "particular" se convierte en el punto en el que mi vida participa en una misión que no tiene confines; sin embargo, puede tener un aspecto de frustración y de alienación. Sólo cuando el "rol", la tarea se descubre como misión personal, entonces es posible abrazarlo con toda libertad, con todo el deseo.

Nadie como Jesús ha vivido este ser querido por el Padre, enviado por el Padre. Para Jesús, tener conciencia de sí quiere decir tener conciencia de ser enviado, es decir tener conciencia del Padre. Lo que realmente fundamenta la vida es la conciencia del Padre, de ser desde el Padre, enviado por El. Cuando Jesús dice: «Yo no hago nada por mi propia cuenta» (Jn 8,28), no hay ninguna auto-referencia en la misión de Jesús, lo que está en el centro es el Padre que lo envía. Aquel que dice: «Yo soy el camino, la verdad y la vida» (Jn 14,8), es el mismo que dice: «Yo no hago nada por mi propia cuenta». Para Jesús, hacer la voluntad del Padre es algo que le realiza como lo que es, le hace ser, es el final de cualquier heteronomía, de cualquier alienación. En el Evangelio hay una frase de Jesús que expresa muy bien esto: «Para mi es alimento cumplir el designio de aquel que me envió» (Jn 4,34). Por lo general, cuando uno hace la voluntad de otro se aliena porque tiene que asumir el rol que el otro le da. Por el contrario, cuando Jesús habla de la

² Cf. M. HÖFFNER, *Berufung im Spannungsfeld von Freiheit und Notwendigkeit*, Echter, Freiburg 2008.

voluntad del Padre como de su propio alimento es como si dijera: más hago la voluntad del Padre, más soy yo mismo, más me realizo, más mi talla humana se perfila en la historia según el designio del Padre. Jesús sabe quién es, es aquel que ha recibido de Dios su eterna definición: «Este es mi Hijo amado, escuchadle» (Mc 9,7). Jesús sabe que es el Hijo y sabe cuál es su misión, mediante la cual se cumple el designio divino sobre el mundo. Entonces su persona y su misión sencillamente coinciden. Todo acontecimiento, todo encuentro de su vida, Jesús lo vive a la luz de esta relación con el Padre: la persona que encuentra, la pecadora, el enfermo, el evento, hasta el rechazo. Mira todo esto desde la perspectiva del Padre. Por consiguiente, la relación con el Padre no es algo que está fuera de la realidad, sino que es la luz que ayuda a leer todo acontecimiento. La relación que Jesús tiene con el Padre es la luz que le permite captar en cada provocación de la realidad la misión que debe realizar. Jesús vive todo esto en forma de abandono de sí, de confianza. Es por ello que Jesús nos muestra al hombre perfectamente completo (GS 22); el hombre que cumple su misión, es el hombre cuya libertad se realiza perfectamente, porque es una libertad confiada al misterio del Padre.

En esta perspectiva, me parece que para evitar el riesgo de reducir la vocación apostólica a voluntariado asistencial es preciso que la persona del consagrado viva en profundidad una antropología filial (cf. VC 18.65-69), en la que descubrirse a sí mismo y descubrir su verdadero rostro al acoger la misión que viene de Dios por las “mediaciones humanas” de su voluntad (cf. *Faciem Tuam*, 9-11). En este sentido, descubrir la voluntad de Dios a través de la propia historia, obedecer a la misión descubierta mediante el carisma del propio Instituto, quiere decir descubrirse a sí mismo, en el ser hijo e hija del Padre en Cristo: vivir la apostolicidad de nuestra vida nos personaliza plenamente y nos permite asumir concretamente las tareas no de forma alienada o frustrante, sino de forma responsable y creativa, arriesgando todo lo que somos, nuestras facultades, en ser para el reino de los cielos.

2. La persona consagrada de vida apostólica entre acción y contemplación

De lo anterior se desprenden muchas consecuencias que pueden constituir polarizaciones significativas. Para el consagrado, vivir la apostolicidad de la misión quiere decir con certeza comprender la dimensión operativa y la dimensión contemplativa de la propia existencia, entre el permanecer cerca del misterio de Dios y el dejarse enviar en las diversas circunstancias de la actividad apostólica. Creo que nuestro tiempo marcado por un fácil híper-activismo, que a veces caracteriza hasta la vida apostólica, necesita repensar su propio equilibrio. Por un lado, nos podemos dejar desbordar por la actividad apostólica, perdiendo el ritmo de la vida espiritual, llegando a tener una percepción funcional de la propia acción, determinada por una lógica de “resultado” y de “éxito” que perjudican la integridad personal. En general, esta tentación, por razones hasta psicológicas que no queremos mencionar en este lugar, tiende a auto-alimentarse para formar una verdadera espiral que parece no poderse detener. Esta anomalía genera la incapacidad de encontrar “reposo en Dios” y tiende a construirse formas paralelas de existencia que compensan la fatiga apostólica. Por otro lado encontramos el intento de componer la propia vida tratando de defender unos espacios personales de regeneración y de vida espiritual. Ahora bien, este modelo corre a veces el riesgo de asumir unos rasgos dualistas que no permiten un verdadero crecimiento de la persona. Podemos pensar, por ejemplo, al modelo que podría llamarse “recargar pilas”: la persona se lanza a la acción para luego “recargarse” en los momentos libres, atendiendo la actividad apostólica

siguiente. Creo que el descubrimiento de la vida como misión apostólica tendría que llevarnos a aprender un equilibrio espiritual más profundo y una más profunda unidad de vida, tanto en la contemplación como en la acción. En efecto, la idea de que la misión consume o “descarga” a la persona indica ya de por sí un defecto de comprensión de la relación entre misión y persona. En realidad, el desarrollo de la propia acción tendría que ser el lugar donde día tras día nos adentramos en una relación cada vez más honda con el misterio de Cristo en la relación filial con el Padre. En este sentido, si es verdad que en la vida de Jesús y en la de los apóstoles encontramos el espacio inevitable, diferenciado entre oración y contemplación, reposo y acción apostólica, sin embargo el mismo concepto de misión puede unir interiormente toda la vida del consagrado. De hecho la misión misma, antes de tener un carácter activo tiene un aspecto receptivo. El agotarse en la acción pone de manifiesto que la acción misma puede entenderse en sentido personalista y auto-referente. Y en este modo también la ejecución de la actividad apostólica se convierte en lugar de renovado encuentro con el Señor que nos llama a servirle en las circunstancias de la vida de cada día. En este sentido, en un sano equilibrio entre recepción y ejecución de la misión, la persona tendría que adquirir un espesor de vida espiritual más intenso viviendo la apostolicidad de su forma de vida: el polo receptivo y el activo de la misión se llaman recíprocamente y contribuyen al crecimiento personal del sujeto.

3. Vida apostólica entre individualidad y pertenencia³

En esta misma perspectiva podemos señalar una última polarización que puede caracterizar teológicamente a la persona consagrada de vida apostólica; me refiero al carácter individual y comunitario de la propia acción. Aquí, ciertamente, como para los otros elementos, el carisma de pertenencia proporciona sensibilidad y referencias importantes para vivir con fruto esta polaridad. Aquí nos limitamos a recordar lo esencial. Puede que haya carismas que subrayan más que otros el aspecto comunitario de la vida apostólica. De todos modos en tiempos como los nuestros es necesario que la vida apostólica dé testimonio de la capacidad de vivir con fruto esa polaridad. No debemos negar que nuestro tiempo conoce individualismos tanto en la ejecución de la función apostólica pública, como en la vida personal y privada. No faltan ejemplos de actividad apostólica cuyo centro es sólo la propia individualidad con una cierta fatiga para compartir la responsabilidad con otros hermanos y hermanas. Asimismo, la vida personal de contemplación y reposo a veces puede asumir un carácter casi privado que se substraer a las relaciones comunitarias del Instituto. También en este caso, creo que una antropología filial de la misión apostólica puede ayudar a encontrar un equilibrio interno. Si es verdad que la misión es verdaderamente única para cada uno, como única es la vida de cada ser humano, también es verdad que esta misión sólo es posible si estamos en el cuerpo de Cristo, de la comunión eclesial y en una red de relaciones de pertenencia que son carismáticamente calificadas. En este sentido el problema estriba no tanto en la división de las responsabilidades de las propias obras apostólicas, sino fundamentalmente en una formación apta para la vida consagrada que sea capaz de hacer descubrir la pertenencia como lugar de la persona llamada a la comunión con Dios y con los demás. De este modo la acción apostólica podrá realizarse más personal o comunitariamente, según las circunstancias o los acentos carismáticos, pero en todo caso mostrará que somos hijos e hijas, hermanos y hermanas en Cristo, y que justamente por medio de la actividad

³ Cfr. en particular el documento *Vida fraterna en comunidad*



apostólica queremos incrementar la comunión y las relaciones humanas en las que cada cual es verdaderamente sí mismo, porque aprende a vivir para un otro.

Cortesía de Vidimus Dominum – El Portal para la Vida Religiosa

www.vidimusdominum.org